

EL BOLÍVAR FÍLMICO DE VASCONCELOS

*Las representaciones erróneas e incluso arbitrarias
constituyen agentes históricos tan eficaces —al menos en
momentos y circunstancias específicos—,
como las más fundadas.*

Germán Carrera Damas, El culto a Bolívar, 1969.



Roldán Esteva-Grillet

Para la tercera década del siglo XX, sólo dos países en América Latina contaban con una industria cinematográfica en ciernes: Argentina y México. Ambos competían con películas similares en cuanto a temas y géneros: el folklore nacional, el melodrama, la historia patria, los musicales. Gracias al paralelo desarrollo de la industria discográfica y de la radiodifusión, el tango y la canción ranchera alcanzaron a todo el continente hispanohablante. A pesar de la abundante circulación de filmes hollywoodenses, con subtítulos en español, el grueso del público tuvo siempre preferencia por el cine argentino o mexicano, con sus héroes-cantantes Carlos Gardel o Jorge Negrete. Claro, hay que entender que existía un altísimo índice de analfabetismo, así pues, los más susceptibles a los “valores modernos” eran los pobladores urbanos, en porcentaje muy inferior a los rurales.

Dado que la Argentina, desde los tiempos de Bartolomé Mitre y Faustino Sarmiento, segunda mitad del siglo XIX, había elevado a la categoría de “libertador” a su héroe José de San Martín —quien batalló sólo en Chile y en Perú, pues su patria ya estaba liberada a su regreso de España—, no es de extrañar que sea justamente en México donde se ventile por primera vez la posibilidad de llevar al cine al verdadero Libertador, nuestro Simón Bolívar. No es que en México se hubiese mantenido una imagen incólume del héroe, ajena a toda crítica. El mismo Bolívar, así como condenó el Imperio de Iturbide, lo felicitó por su retorno a la República. Incluso, en 1824, al conocerse el triunfo patriota en Junín, el Congreso de México le concedió la Ciudadanía Honoraria a solicitud del tribuno y ex fraile Servando Teresa de Mier.¹

El mexicano y el venezolano no llegaron a conocerse en persona, pero por casualidades de la vida, ambos se relacionaron con Simón Rodríguez. En 1801, en París, quien había sido maestro del niño Simón, se dedica a la enseñanza del español bajo nombre y nacionalidad encubierta: Samuel Robinson, nacido en Filadelfia. Servando Teresa de Mier, perseguido por la Inquisición de su país, entra en contacto con el caraqueño y ambos se dedican a traducir e imprimir un libro que causa sensación

¹ Gustavo Vargas Martínez, “Por qué Bolívar es mexicano”, en *Presencia de Bolívar en la cultura mexicana*. México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México y Embajada de la República Bolivariana de Venezuela, 2004, pp. 119-135.

en el público francés. Con la excusa de usarlo para el provecho de los estudiantes de español, dan su versión en esta lengua de la novela idílica *Atala o los amores de dos salvajes en el desierto*, escrita por el vizconde René de Chateaubriand. El nombre de Samuel Robinson aparecerá en portada como editor y traductor, cuestión que dará que hacer a los futuros filólogos, pues según las memorias del mexicano, el traductor fue él. Otra casualidad digna de señalar es que entre los autores citados por Bolívar en su conocida “Carta de Jamaica”, escrita en Kingston en 1815, aparece el apellido Guerra, no otro que el mexicano Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra, con su ristra de apellidos como se hacía en tiempos coloniales.

Por supuesto, al igual de lo que ocurriera en el resto de América a raíz de la divulgación de la constitución boliviana propuesta por Bolívar en 1826, los liberales mexicanos (Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora) criticaron acerbamente los visos monarquistas de esa presidencia vitalicia inspirada en el Haití de Petión. También con la llegada del positivismo en la segunda mitad del siglo XIX, se juzgó peligrosa la tesis de Bolívar sobre la necesaria fusión de las razas en la América hispana. Salvo un “científico” de la última generación y con raros ribetes marxistas, Carlos Pereyra, supo replantearse el personaje y de él se ocupó en dos de sus libros: *Bolívar y Washington. Un paralelo imposible* (1915), y *La juventud legendaria de Bolívar* (1932); este último publicado en su exilio español donde conoció a Rufino Blanco Fombona. Ya con la revolución mexicana (1910-1917) empezó a rescatarse a Bolívar por su defensa de la particularidad del subcontinente y su propuesta de confederación hispanoamericana. Intelectuales como Manuel Gamio y José Vasconcelos abogaron por Bolívar. Especialmente, Vasconcelos se distinguirá por hacer de Bolívar un baluarte de su propia visión hispanófila y católica, hasta identificarlo con Lucas Alamán, padre del conservadurismo mexicano.²

Ya en 1921, con motivo de la develación de una estatua ecuestre de Bolívar en Nueva York, pudo Vasconcelos expresar su admiración hacia Bolívar, si bien su breve nota en una revista oficial aparecería sin firma por ser entonces Secretario de Educación Pública. Así concluye su nota: “El único descontento de la gloria del Libertador debe ser el odioso Juan Vicente Gómez que pasea el asco de su persona sobre la desdicha de Venezuela.”³ No es tampoco casual que entre los primeros murales que la Secretaría de Educación Pública, dirigida por Vasconcelos, encomendara a una serie de pintores para decorar la ex-capilla de San Pedro y San Pablo, convertida en sede de la Biblioteca

Iberoamericana, estuviera un conjunto de héroes: Bolívar, Hidalgo, San Martín, Sucre y “Tiradentes”, realizado por Roberto Montenegro. O que insistiera en darle el nombre de Anfiteatro Simón Bolívar al nuevo auditorio de la Escuela Nacional Preparatoria (antiguo colegio de San Ildefonso), inaugurado en 1910 y testigo de la primera tentativa de muralismo capitaneada por el pintor Gerardo Murillo (Dr. Atl), con alumnos de la Academia de San Carlos, frustrada por la revolución. Entre 1930 y 1942, el pintor Fernando Leal plasmó en las paredes de su antesala escenas de la vida del Libertador, acompañado por las figuras de otros héroes como Miranda, Hidalgo, Artigas, Petión, Morazán y San Martín, en paneles verticales. La encomienda provenía del entonces Secretario de Educación Pública, el Dr. Pedro de Alba: el pintor debía desarrollar “un lampo de aquella cruzada Bolivariana, que fue también la cruzada de la raza indolatina.”⁴

Apartado de la política desde su fracasada aspiración a la presidencia del país en 1929, Vasconcelos se dedica a su principal oficio: el de pensar y escribir. Por una década permanecerá en Estados Unidos desde donde emprenderá diversos viajes por Europa, América Latina y el Caribe. En 1939 Washington le niega la renovación de la visa y debe reintegrarse a México, donde dirigirá una *Revista Continental Timón*, con financiamiento de la Alemania nazi (1940).⁵ En 1934 publica en Santiago de Chile un conjunto de ensayos que reúne bajo el título de *Bolivarismo y Monroísmo*. Su revisión de la historia política continental le lleva a distinguir dos grandes tendencias ideológicas: el bolivarismo, que él interpreta como la defensa que Bolívar emprendió de la particularidad de nuestra cultura hispánica (una misma religión, una misma lengua), que estaría en la base de su política a favor de la unión de todos nuestros países, antiguas colonias españolas. Su contraposición sería el monroísmo o doctrina Monroe (Presidente de Estados Unidos en 1823) que, con la excusa de proteger al continente de cualquier injerencia extranjera (léase europea), se reserva para sí el derecho de asimilar a la fuerza o por medios persuasivos estos países a un orden de vida modelado por el idioma inglés y el protestantismo. En palabras de Vasconcelos, la diferencia entre una y otra corriente era muy simple: “Llamaremos bolivarismo al ideal hispanoamericano de crear una federación con todos los pueblos de cultura española. Llamaremos monroísmo al ideal anglosajón de incorporar las veinte naciones al imperio nórdico, mediante la política del panamericanismo.”⁶

⁴ Sin autor, *Eurindia*, Nos. 7 y 8, México, 1930, pp. 474 y 475; Gustavo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 73.

⁵ Lo acompaña en esta empresa nada menos que el pintor Gerardo Murillo (*Dr. Atl*), impulsor inicial del muralismo mexicano en 1910. Esta faceta reaccionaria de Vasconcelos poco se conoce fuera de México, pero fue consecuencia de su hispanofilia e integrismo católico, que lo hizo cada vez más anti-indigenista, antisemita, franquista y defensor de los regímenes autoritarios; si bien, al finalizar la guerra y revelarse las barbaridades nazis, recapacitó en cuanto a su defensa de este régimen.

⁶ José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, Santiago de Chile, Ercilla, 1934, pp. 9-17; citado por Gustavo Vargas Martínez, *op. cit.*, p.45 (nota). El autor ha puesto como fecha de publicación 1933.

² Cfr. Gustavo Vargas Martínez, “Bolívar en el pensamiento mexicano”, en *Presencia de Bolívar...*, pp. 31-48; y Tomás Straka, “El bolivarianismo en México”, en *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*. Vol. 9, No. 71, México, UNAM, 2011.

³ *El Maestro. Revista de Cultura Nacional*, No. 3, 1921, p. 213; Gustavo Vargas Martínez, *op. cit.*, p. 45.

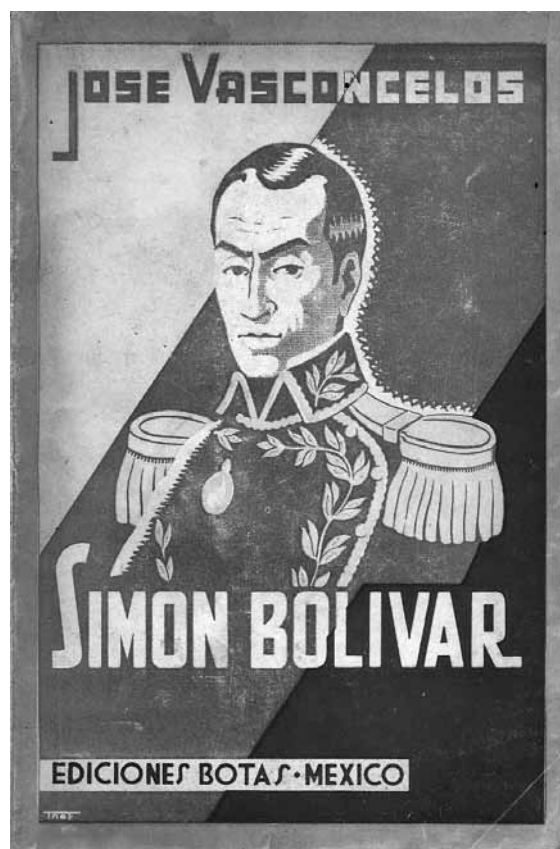
Vasconcelos no hacía sino resucitar el mito de la cultura latina opuesta a la cultura anglosajona formulado por el uruguayo José Enrique Rodó en su célebre libro de 1900, *Ariel*: una visión maniquea entre el refinado espiritualismo hispanoamericano y el grosero materialismo anglosajón. Es evidente el interés de Vasconcelos en colocar a Bolívar a la cabeza de un pensamiento cónsono con el conservadurismo más retrógrado, justo cuando desde el fin de la Gran Guerra se iniciara un despertar del orgullo latinoamericano ante el antiguo modelo civilizatorio europeo, en crisis de valores. En América Latina nace un nuevo nacionalismo cultural, superador de los complejos engendrados por la influencia positivista anglo-francesa anterior. Nada de qué sorprenderse, pues bien se sabe que el bolivarianismo colombiano está en el fundamento del partido conservador, con su centralismo, su defensa de la iglesia católica y, por ende, su rechazo al laicismo.⁷ La defensa acérrima que Vasconcelos hace de Lucas Alamán lo lleva a justificar el Imperio de Maximiliano por ser un príncipe católico, si bien liberal. El rechazo a la figura de Benito Juárez, identificado con el laicismo, la expropiación de los bienes eclesiásticos y hasta de las tierras de las comunidades indígenas, junto al impulso de la libertad de cultos, la propiedad privada y tantos otros valores progresistas, ubica a Vasconcelos a la derecha del espectro político, a pesar de su visceral antinorteamericanismo. Es la hispanofilia que fundamenta la llamada “leyenda dorada” sobre la América hispana.⁸ Hay una constante preocupación en su enfoque: el peligro del “panamericanismo” impulsado desde Estados Unidos y, sobre todo, la tergiversación de la idea bolivariana acerca de la conveniente unión o confederación de países.

En 1933, el director cinematográfico Miguel Rodríguez Torres había ensayado la confrontación de dos personalidades que llenan la segunda mitad del siglo XIX mexicano: el civil Juárez y el militar Porfirio Díaz. Ante el temor de que apareciera otra *lista para la canonización en el templo de la Panamerican Union* (antecedente de la Organización de los Estados Americanos, 1948), Vasconcelos opta por escribir su propia versión de Bolívar para un *film* propuesto a la Universidad Nacional Autónoma de México. El guión lo publica en 1939 a través de Ediciones Botas, la misma que recibe y divulga todo lo que él escribe.⁹ En su prólogo trata de justificar su elección

⁷ Inés Quintero, “Bolívar de izquierda-Bolívar de derecha”, en *Historia Caribe*, vol. II, núm. 7, Universidad del Atlántico, Colombia, 2002, pp. 77-91; y José Orlando Melo, “Bolívar en Colombia. Las transformaciones de su imagen”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo XCI, No. 363, Caracas, julio-septiembre de 2008, pp. 7-40.

⁸ Sostiene Vasconcelos que “Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a esos territorios, a menos de que se estime sagrado toda mala yerba del alma que son el canibalismo de los caribes, los sacrificios humanos de los aztecas, el despotismo embrutecedor de los incas...” en su prólogo a su *Breve historia de México*, México, Botas, 1937, pp. 7-26.

⁹ José Vasconcelos, *Simón Bolívar. Interpretación*, México, Editorial Botas, 1939, p. 12. (En las siguientes citas de este libro, indicaré el número de la página al final del texto). Ya para 1938 la *Warner Bros* había acariciado un proyecto sobre Bolívar y contactado al embajador de Venezuela en Washington, el Dr. Diógenes Escalante quien participa la idea al entonces Presidente, el general Eleazar López Contreras, celoso de la gloria de Bolívar. De inmediato las suspicacias fueron compartidas por una serie de intelectuales como Guillermo Meneses, Juan Uslar Pietri, Augusto Márquez Cañizares, Julio Ramos,



de la figura de Bolívar para esa eventual película. Considera que en la época, el cine es un medio de gran influencia ideológica y que al tomar ciertos temas o personajes, estos son siempre presentados según la visión de quien produce el *film*:

En efecto, para nadie es un secreto que Hollywood y sus filiales de la capital de México, están dominados por influencias e intereses que bajo disfraz, ya liberal, ya bolchevique, afirman la doctrina de nuestros dominadores; ya se trate de Texas que perdimos; ya se comente la suerte de Abisinia, que no pudieron reservar para sí los ingleses, o de Alemania, cuyo comercio nos beneficia, en su competencia con el de Norteamérica. Y en resumen, cada proyección de cine actual es una página de propaganda desleal, ya mercantil, ya política, que sin cesar nos penetra y nos debilita (p. 12).

Si aceptamos lo anterior como norma de cualquier producción cinematográfica, no exclusiva de Hollywood, el *film* que José Vasconcelos propone sobre Bolívar debe por fuerza corresponder a la imagen y semejanza del personaje que el filósofo ha elucubrado a lo largo de sus reflexiones políticas y culturales. Para el autor, cada época interpreta el pasado según su propio interés actual, en consecuencia:

Luis Álvarez Marcano, Caracciolo Parra Pérez. Cfr. Rodolfo Izaguirre, “La accidentada vida de Simón Bolívar por los laberintos del cine”, en *Acechos de la imaginación*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993, pp. 70-71.

(...) hombres como Bolívar constituyen una leyenda que es legítimo interpretar conforme a la exigencia de cada edad (...) mi Bolívar (...) no es exactamente el que ha merecido una estatua en Nueva York. También diferente del que han inmortalizado en París los franceses (...) tal falso Bolívar como el que pretenden tomar de caudillo los poinsettistas y panamericanos! Mi Bolívar procura encarnar el héroe castizo que a través de su época anárquica y pese a sus yerros y caídas, vuelve a la claridad del pensamiento patriótico, en las postrimerías de su carrera resplandeciente. Y nos señala los riesgos de la obra que él mismo contribuyó a consumir; se empeña en corregirla (pp. 16-17).¹⁰

Lo que he destacado en letras redondas revela que el Bolívar que interesa a Vasconcelos es el dictador de la antigua Colombia, de 1828 a 1830, que apoyado en su popularidad, el ejército y la nada despreciable ayuda de la Iglesia católica reniega de sus principios liberales, republicanos. La justificación de su última dictadura “plebiscitaria” era mantener unidos a la fuerza tres países que sólo lo estuvieron por razones tácticas en tiempos de guerra, y cuya solidaridad inicial carcomían las intrigas separatistas y la mutua desconfianza. Es el Bolívar autoritario, centralista a más no poder, que ha decidido abrir los ojos ante una realidad cuyo encumbramiento desde 1825 en el Perú no le permitía ver: el pueblo lo quiere, lo admira y lo respeta, el ejército le era fiel, mientras preclaros dirigentes neogranadinos lo adversan cansados de ser gobernados por militares venezolanos. Muchos en Bogotá, pero también en Caracas o Quito, han comenzado a verlo como el mayor obstáculo a la libertad al punto de planear un atentado contra su vida. Uno de sus antiguos maestros, el humanista Andrés Bello, desde Santiago de Chile, lo reconocería con la mayor resignación: “Nadie amó más sinceramente la libertad que el general Bolívar pero la naturaleza de las cosas lo avasalló, como a todos: para la libertad era necesaria la independencia, y el campeón de la independencia debió ser dictador. De aquí las contradicciones aparentes de sus actos. Bolívar triunfó; las dictaduras triunfaron en España; los gobiernos y congresos hacen todavía la guerra.”¹¹

Vasconcelos despliega ante el lector, en veintisiete capítulos con sus respectivas acotaciones escénicas y musicales, aquellos momentos de la trayectoria del héroe

¹⁰ El botánico, político y masón Joel Roberts Poinsett fue el primer ministro plenipotenciario de Estados Unidos en México; entre sus misiones como agente especial de Monroe ante el gobierno imperial de Iturbide, estuvo el lograr la adquisición de los estados del norte de México. Se le recuerda por dos cosas: la introducción del rito yorkino (republicanos) contra el escocés (monarquistas), y la propagación de la flor de Nochebuena de origen mexicano en su país. Por su implicación en las luchas políticas de entonces, se solicitó su expulsión en 1827, sin embargo pudo mantenerse en México hasta 1830.

¹¹ Andrés Bello, “Investigación sobre la influencia de los españoles de la conquista y del sistema colonial en Chile”, 22 de diciembre de 1844, en *Obras completas* (Vol. XXX), Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 1957; citado por Leopoldo Zea, *Simón Bolívar. Integración en la libertad*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1993 [1980], p. 78.

que ha escogido para configurar su personaje castizo. Recurre a “carteles”, al uso del viejo cine mudo, en particular al referir lo que no se ve sobre el escenario: las batallas. En este sentido, su guión parece más para el teatro que para el cine, según el modelo clásico de los mensajeros que daban cuenta de lo que había ocurrido antes o en otro contexto. Pueden apreciarse algunos motivos recurrentes: varios de los interlocutores de Bolívar —desde Humboldt hasta los clérigos que aparecen como si estuviéramos en una procesión—, le desaconsejan confiar en los ingleses. Bolívar termina por asimilar esa desconfianza y la vuelca hacia Estados Unidos: (...) *un nuevo enemigo se levanta al norte (...) más temible que Inglaterra* (p. 150). El segundo motivo se deriva de esa arbitraria presencia de ensotados desde los tiempos de las luchas en el Caribe, como para hacer ver que la Iglesia católica acompañó o custodió a Bolívar, y él mismo, antes que librepensador, hubiese sido un devoto cristiano: (...) *estoy cansado y quiero morir rodeado de mis antiguos compañeros de armas, auxiliado de sacerdotes cristianos y con el crucifijo en las manos* (...) (p. 149). Junto a estos dos motivos, el tercero sería el resaltar el apego a las tradiciones hispánicas; por ejemplo, poniendo a jóvenes caraqueños en 1813 a bailar como andaluces: “(...) parejas jóvenes ensayarán pasos ardientes en el estilo sevillano cuidando el director de escena que no se imite a Hollywood en la danza, ni al modo norteamericano que pone la acción en los brazos. Al contrario, se exigirá a los bailadores el ritmo castizo que es de caderas y piernas. Una gran ocasión también para introducir en la escena castañuelas y brillantes trajes andaluces” (p. 51). O identificando a Bolívar con Lucas Alamán: “Francia será nuestra maestra y acaso más tarde se cumpla lo que predica Alamán, una vuelta a España, como la Madre patria, ya no la Madrastra. (...) siempre tuve fe en México. La había perdido con Iturbide, hoy Alamán señala el camino” (p. 151).

No siendo un estudio académico, sino una ficcionalización de la historia, abundan los gazapos (¿o tergiversaciones interesadas?), como suponer que Haití no haya participado en el Congreso Anfictiónico de Panamá por expresa petición gringa: “¿Y los Estados Unidos? ¿Sabe usted lo que me exigieron? ... Que no invitara a la República de Haití porque no podían sentarse los delegados americanos al lado de los negros... Y yo acepté la medida humillante con todo lo que debo a Haití, y ¿todo para qué? Para el más triste fracaso” (p. 117). En realidad Haití no es invitado, simplemente, porque Bolívar quiere reunir a las ex-colonias españolas, no a las que hoy incluiríamos bajo el concepto de Latinoamérica. Tampoco estuvo Brasil, aunque aquí privó el motivo político pues era Imperio. Y Argentina no acudió por desconfianza hacia la poderosa Colombia; y a Bolivia, apenas fundada, no le dio tiempo de escoger y enviar sus representantes. La invitación a Estados Unidos proviene de Santander y del sustituto de Alamán, en contra

de expresas indicaciones de Bolívar. Menos mal que de los dos estadounidenses enviados, uno murió en el camino, y el segundo llegó cuando todo había concluido.

Afirmar que Bolívar no bailó por “misógino” en la fiesta andaluza que Vasconcelos le monta en Caracas con motivo de su entrada al cabo de la Campaña Admirable de 1813, es una ocurrencia desacertada. Se sabe que era amante del baile, por supuesto no el andaluz, sino de la contradanza y luego del vals, por lo menos hasta 1828, según sus revelaciones a Luis Perú de Lacroix.¹² Pero, aceptando esa extraña hipótesis de misoginia por causa de su viudez, está el consuelo de haber conocido ese año una joven de diecisiete años, Josefina Machado, que tuvo de amante hasta su muerte en 1819, gracias a lo cual Bolívar quedó curado de tan extraño padecimiento. Esa misoginia es, con toda seguridad, invención del autor, pero la forma en cómo representa el reencuentro en Europa de Simón Rodríguez y Bolívar, viudo, rico y derrochador, revela que una de las fuentes usadas son las cartas escritas a su amiga francesa Teresa Lesnais, esposa del coronel peruano Mariano Tristán. Esas cartas, divulgadas por primera vez por Flora Tristán, hija de ambos, se prestaron durante un tiempo a interpretaciones equívocas por cuanto Bolívar, al referirse a sí mismo “contaba” cosas que nadie ha podido documentar y que, más bien, entraban en franca contradicción con lo que sabía de seguro. Añádase el que Flora Tristán pudo haber interpolado párrafos de su propia cosecha ante faltantes. Hubo quien creyera que habían sido dirigidas realmente a Fanny du Villars, otra amiga casada, y que usara Bolívar el nombre de “Teresa”, como subterfugio para desahogar su despecho por la reciente viudez. En la actual interpretación de uno de los biógrafos más puntillosos, Augusto Mijares, la correspondencia cruzada entre Bolívar y Teresa Lesnais pudo haber sido un simple juego epistolar donde cada quien se “relataría” en las claves del romanticismo naciente. Por desgracia, sólo se conocen algunas de las cartas enviadas por Bolívar. Esas fuentes se ponen en evidencia cuando el autor sitúa a Bolívar en Lisboa o en Viena, ciudades en donde nunca estuvo, así como por la indicación de que su antiguo maestro lo había salvado del suicidio al revelar que era un afortunado heredero.¹³

Digno de resaltar es un equívoco de Vasconcelos en relación a Bolívar, al hacerlo declarar su fracaso al cabo de una disertación en la quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta: *Mi error fue no darle importancia al factor raza* (p. 151). ¿Por qué es un equívoco? Pues, porque para Vasconcelos el concepto de raza no es etnográfico sino antropológico. Él no se refiere a la raza

indígena, o a la mezcla de lo hispano con lo indígena, sino a la raza latina, vale decir al conjunto constituido por la herencia cultural. Ya siendo rector de la Universidad Nacional de México (1920-1921), su visión es latinoamericanista cuando propone un mapa para el escudo de la institución de México hasta Chile y Argentina, con las dos aves emblemáticas; el águila para el norte y el cóndor para el sur, más el lema *Por mi raza hablará el espíritu*, entendiendo por “raza” la cultura latina que incluye el legado europeo católico de Francia, Italia, Portugal y España. Y su política durante su gestión al frente de la Secretaría de Educación Pública (1921-1924) nunca fue nacionalista sino universalista. En tanto que para Bolívar el concepto raza es más bien sociológico. Bolívar valoró el mestizaje como algo conveniente para evitar la confrontación de las razas; estaba de acuerdo con la fusión que anularían las luchas raciales o la temida “pardocracia” que promovían el mulato Piar o el zambo Padilla. Pero, innegablemente, también era celoso de su condición de blanco criollo (“mantuano”) y estaba clarísimo que la revolución debía ser conducida por su clase. Reconocía que la necesidad de oficiales, impuesta por la guerra, lo había llevado a premiar a gente sin educación, de “color quebrado”, a quienes sólo les podía distinguir por el valor mostrado con grados militares, pues no había dinero para compensar el heroísmo¹⁴. Bolívar, sin embargo, niega que los problemas de nuestro subcontinente se puedan explicar por diferencias de raza, como si desconociera las rebeliones de esclavos e indígenas anteriores a la suya. Así lo sostenía en un artículo periodístico de septiembre de 1815, en la *Gaceta Real de Jamaica*: “No señor, las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de la diferencia de castas: ellas han nacido de las divergencias de las opiniones políticas y de las ambiciones particulares de algunos hombres, como todas las que han afligido a las demás naciones.”¹⁵

Habría que ofrecer una edición crítica de este texto de Vasconcelos para su mejor entendimiento por parte de lectores actuales, con numerosas notas y referencias acordes a la más actual historiografía. Ahora bien, si algo se le debe reconocer al filósofo mexicano, es su valiente presentación de la quiteña Manuela Sáenz, superando cualquier pacatería tradicional. En efecto, por moralismos antifeministas (¿la verdadera misoginia?), su condición de mujer adelantada a su tiempo, no sólo liberal desde el punto de vista político, sino sobre todo en lo personal (para algunos “libertina”) ha sido silenciada cuando ya en vida muchos la condenaban, especialmente las mujeres de alto copete de la buena sociedad limeña, primero, y luego bogotana. En la misma Venezuela, no digamos en Ecuador

¹² Luis Perú de Lacroix, *El Diario de Bucaramanga. Momentos estelares en la vida de El Libertador, con introducción y notas de Mons. Nicolás E. Navarro y prólogo de J.L. Salcedo Bastardo*, Caracas, Corporación Marca S.A., 1982, p. 32.

¹³ Augusto Mijares, *El Libertador*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, Ediciones de la Presidencia de la República, 1987 [1975], apéndice.

¹⁴ Luis Perú de Lacroix, *El Diario...*, p. 53.

¹⁵ Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador. Antología*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. 75-79; en Leopoldo Zea, *op. cit.*, p. 120.

o Colombia, su figura como “Libertadora del Libertador” ha sido entronizada en el culto oficial a Bolívar. Con decir que todavía a diez años de publicado el texto de Vasconcelos en Venezuela el Ministro de Educación Nacional, el mismo Augusto Mijares nombrado, hizo incinerar una edición oficial de uno de los tomos de las memorias del científico francés Jean Baptiste Boussingault, por las picantes anécdotas que refería de doña Manuela.¹⁶

Así pues, resulta sumamente refrescante que, entre tanto clericalismo bonachón y suspicacias antibritánicas, por lo menos la actuación de Manuela Sáenz se destaque por su independencia de ideas y temperamento lascivo. Hasta entonces sólo se exaltaba su fanática adhesión a Bolívar desde que se conocieran en Quito en 1822, estando ella infelizmente casada con el inglés Thorne. Pero los variopintos testimonios de sus andanzas amorosas, a espaldas de su amante oficial —no siempre disponible por sus compromisos militares y políticos—, se han ocultado por vergüenza ajena. Así, la “Libertadora del Libertador”, para algunos hagiógrafos ecuatorianos, era un dechado de virtudes ente las cuales brillaba su casta imagen de mujer fidelísima y enamorada aunque adúltera.¹⁷

¹⁶ Jean Baptiste Boussingault, *Viaje por Venezuela y Colombia*, Caracas, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional, 1948. Traducción de Enrique Planchart. La censura sobre Manuela es antigua: en 1875 desapareció de la Biblioteca Nacional de Colombia un volumen que llevaba por título: *Correspondencia y documentos relacionados con la señora Manuela Sáenz, que demuestran la estimación que en ella hacían varios jefes y particulares, y la parte que tomaba en los asuntos de la política*; en 1883, en Venezuela, el presidente Antonio Guzmán Blanco suspende la publicación del volumen III de la narración de Daniel O’Leary, que contenía cartas de Bolívar y Manuela Sáenz; en 1914, 32 pliegos de 16 páginas cada uno reaparecieron en manos de los herederos de O’Leary y, a instancias de Vicente Lecuna, se publican en 1917.


¹⁷ Carlos Álvarez Saá, coleccionista ecuatoriano, se ha distinguido por el cúmulo de falsedades que ha puesto a circular, tanto en publicaciones como en obras de arte. A raíz de la publicación en 1988 de la novela erótica del venezolano Denzil Romero, *La esposa del doctor Thorne* (Tusquets Editores, La Sonrisa vertical, 1988), Álvarez Saá adquirió una casona colonial frente al antiguo convento de las Catalinas, donde había sido cuidada Manuela Sáenz en su infancia, la hizo restaurar y a los cuatro años inauguró el Museo Manuela Sáenz. Allí se exhiben obras quiteñas de valor artesanal, miniaturas falsas del colombiano José María Espinoza y hasta de Perú de Lacroix. Álvarez Saá ha hecho falsificar cartas atribuidas a Bolívar, Manuela y a Sucre, más dos diarios totalmente inventados de Manuela de sus tiempos de Quito y Paita. En México, Heinz Dietrich como editor y Elena Poniatowska como prologuista, se han prestado al asunto a través de *Patriota y amante de usted* (Diana, 1993), denunciado por el estudioso colombiano-mexicano Gustavo Vargas Martínez como apócrifo. Desde Venezuela se ha ocupado del tema Roberto Lovera de-Sola, “Manuelita Sáenz apócrifa”, <http://www.artenlared.com/lecturas/articulos/manuelita-saenz-apocrifa.html>

¹⁸ Francisco Pividal, *Simón Bolívar, recursos del pensamiento antiimperialismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, Fondo Intergubernamental para la Descentralización (FIDES), Caracas, 2006.

¹⁹ Desde su primera publicación, “Teoría dinámica del derecho” (1907), Vasconcelos sitúa el problema americano como un permanente conflicto entre la cultura anglosajona (materialista, impulsora del industrialismo) y la latina (más interesada en los valores del espíritu). Cfr. Fernando Vizcaino, “Repensando el nacionalismo en Vasconcelos”, en *Argumentos*, Vol. 26, No. 72, México, mayo/agosto de 2013. [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0187-57952013000200010&script=sci_arttext] El autor remite el origen de esta oposición a las vivencias tempranas de Vasconcelos en escuelas fronterizas, sin aludir a la importante influencia de J.E. Rodó con su libro *Ariel*. Agradezco el link a Gabriela Olivo de Alba.

²⁰ En mi búsqueda sobre el texto de Vasconcelos sólo pude encontrar un ensayo de Ismael Carvallo Robledo: “El Simón Bolívar de Vasconcelos. Heroísmo clásico e Imperio generador. Sobre la filosofía de la historia de José Vasconcelos a través de un guión cinematográfico de su autoría”, en *El catobledas. Revista crítica del presente*, No. 113, julio de 2011, [<http://www.nodulo.org/ec/2011/n113p04.htm>], según el cual el texto de marras sería de 1935 y no de 1939. Su lectura tiene cierto aire típicamente bolivariano, con trasfondo marxista que no le permite ver al Vasconcelos católico e hispanista por el antinorteamericanismo profesado. La revista se identifica como expresión de “Izquierda Hispánica”.

Es mérito, pues, de José Vasconcelos —quien en su vida personal fue bastante liberal— el habernos figurado una Manuelita más desenvuelta y auténtica que la que sus devotos han divulgado. Así la pinta en dos escenas: en una antecámara lujosa, Manuela coquetea con un guapo oficial, le pide un beso y él teme ser descubierto, entonces ella se burla de él: *Vaya pues... un hombre que se ha jugado la vida en cien batallas, no es capaz de arriesgarse por uno de mis besos...* (p. 110). La segunda escena ocurre cuando acompaña a Bolívar la noche del atentado del 25 de septiembre de 1828: el libertador le reclama sus infidelidades y ella se defiende diciendo que no era su esposa, que era libre y más bien le retruca nombrándole los diversos amoríos que le ha descubierto: *No me hables de mis infidelidades. No soy tu esposa, soy una mujer libre... y por otra parte, tú me has ofendido aún más y si no, allí están Isabel, la otra Manuela, la española Madrid, la Anita Benoit, que sé yo...* (p. 135).

En conclusión, sin haber pasado de la fase de guión para convertirse en un *film* patrocinado por la UNAM, este texto de José Vasconcelos tiene —para el estudioso de Bolívar— un valor nada despreciable a pesar de sus debilidades. Como toda “interpretación”, revela más de quién la hace que del interpretado. Por supuesto, la imagen que deriva del héroe puede fácilmente vincularse con un tópico del izquierdismo latinoamericano, en la truculenta valoración consagrada en Cuba con el libro *Simón Bolívar. Pensamiento precursor del antimperialismo*, del profesor Francisco Pividal.¹⁸ Como he tratado de demostrar en mi análisis, ese antinorteamericanismo es más de Vasconcelos y no tuvo nada de revolucionario, pues estaba afincado en sus más firmes creencias en la superioridad de la tradición hispánica sobre la anglosajona, por preservar en su seno la verdad católica.¹⁹ A ese modelo lleva el proyecto bolivariano que explaya a través de su personaje.²⁰ Lo único verdaderamente revolucionario en su texto, adelantado a su época, es su feminismo, por cómo presenta a Manuela Sáenz, gracias al cual contribuye a romper tabúes propios de la gazmoñería hispánica. Tal como afirmé al inicio acerca del avance de la industria del cine en México en los años treinta del siglo XX, será en este país —por las circunstancias reconstruidas a propósito de José Vasconcelos— que se realice el primer film sobre Bolívar, a cargo del director Miguel Contreras Torres en 1941, para ser estrenado al año siguiente. Queda la propuesta de Vasconcelos como pionera en este campo. 

Roldán Esteva-Grillet (Caracas, 1946). Licenciado en letras hispanoamericanas (Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela), con postgrados en historia del arte (Universidad de los Estudios de Bolonia, Italia; Universidad Nacional Autónoma de México). Profesor Titular, ya jubilado, de la Escuela de Artes de la Universidad Central de Venezuela. Trabajó como investigador en la Galería de Arte Nacional, Caracas, y se desenvuelve como articulista de *TalCual* en temas de arte y cultura. Miembro de la Asociación Internacional de Críticos de Arte. Es autor de varios libros sobre su especialidad, el último de ellos: *Las artes plásticas venezolanas en el Centenario de la Independencia 1910-1911* (Academia Nacional de la Historia).